

Enseñanza de la historia, saberes, sensibilidades y ética planetaria*

Carmen Aranguren R.**

Resumen:

Los cambios ocurridos en el mundo contemporáneo afectan todos los órdenes de la vida individual y colectiva en una sociedad determinada, caracterizada por mutaciones complejas que propenden a crear incertidumbre sobre normas, costumbres, valores y procesos establecidos. Estas urgencias plantean retos y demandan nuevas propuestas en la formación de los actores que han de producir cambios para mejorar la vida en el planeta. En este contexto, particularmente la enseñanza de la historia, como cualquier fenómeno educativo, es consustancial a la construcción de sentidos y representaciones acerca de una realidad sociohistórica concreta. Esto, alude a la investigación de las finalidades sociales de la disciplina, desde una perspectiva ética y cívica, presentes en el discurso histórico de la enseñanza.

Palabras clave: historia, sociedad, enseñanza, saberes, ética.

Abstract:

The changes occurred in the contemporary world affect all spheres of individual and collective life in a given society, characterized by complex mutations tend to create uncertainty about norms, customs, values and processes. These emergencies pose challenges and require new proposals in the training of actors who have to produce changes to improve life on the planet. In this context, particularly the teaching of history, like any educational phenomenon is inherent to the construction of meanings and representations about a particular socio-historical reality. This research refers to the social purposes of that discipline, from an ethical and civic perspective present in the historical discourse of education.

Key words: history, society, education, knowledge, ethics.

* Este artículo se terminó en 08/2011; se entregó para su evaluación en 09/2011; se aprobó para su publicación en 12/2011. Conferencia presentada en el 1er Simposio sobre Enseñanza de la Historia e Historia Local. Instituto Universitario Tecnológico Cristóbal Mendoza/ Centro de Investigaciones Históricas y Sociales del Municipio Alberto Adriani/ Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez. El Vigía, 28 y 29 de julio 2011.

** Profesora Titular de la Universidad de Los Andes. Grupo de Investigación en Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. E-mail: carmenaran@hotmail.com.

1. Introducción

El intrincado panorama actual de la globalización y la complejidad de la realidad histórico-social, cada vez más confuso, tejido por la diversidad política, económica, social, cultural y educativa y por el desafío de la revolución electrónica, digital y formacional, abarca y señala, también, los modos de pensar, sentir y actuar “en pequeño”, en nuestras localidades nacionales, regionales y locales, en nuestro hacer cotidiano y laboral que marcan la producción de ideas e incertidumbres acerca del porvenir. Así, en la enseñanza-aprendizaje de las distintas disciplinas se observa la búsqueda de otras miradas y discursos en el marco de la exigencia de nuevos tiempos; por lo que actualmente, se otorga importancia a la comprensión de saberes vinculados a la vida ciudadana, a la formación del pensamiento crítico, al cultivo de sensibilidades y a la protección del planeta, todo lo cual cabalga sobre las fluctuaciones de una realidad contradictoria, fragmentada y compleja.

Uno de los fundamentos de la educación histórica es la formación de valores éticos para la vida; ya Aristóteles lo señala en su obra *Ética a Nicómaco*, cuando concibe la ética como algo que debe enseñarse a los jóvenes en la preparación para entrar al mundo de la ciudadanía. En un salto temporal, es factible pensar que a través del proceso de enseñanza-aprendizaje de la historia sería posible resignificar axiológica y científicamente, la naturaleza y la sociedad con sus aciertos y errores. Esto, se traduce en aspiración de una formación ciudadana, como exigencia de enseñanza de cualquier disciplina, pues, involucra, nada menos que, la participación en la vida pública con autonomía, responsabilidad y tolerancia. Viene a cuento este breve preámbulo porque es imposible hablar de la enseñanza de la historia sin ubicar el proceso de su educación en un contexto sociopolítico específico y mutante —en términos dialécticos— donde se tejen redes de encuentros e incertidumbres, donde la urgencia se hace cada vez más imperativa en cuanto a los cambios de los modos de vida y de la producción del saber.

Hemos de reconocer, en este espacio, la ruptura y/o fractura de paradigmas tradicionales que invadieron durante mucho tiempo la

investigación, la docencia de la historia y sus ámbitos de influencia. Pero, lamentablemente, aún hoy, no tenemos respuestas valederas para la sustitución acertada de los mismos. Mucho se dice acerca de la inconveniencia del empleo de teorías, enfoques y tendencias de la enseñanza como el conductismo, el empirismo, el cognitivismo, el constructivismo y otros; igualmente, se cuestionan en la historiografía, el positivismo, el funcionalismo, los anales, el cronologismo y otras corrientes que separan en su estudio las teorías, el contexto sociocultural, los problemas y las prácticas sociales. En el campo pedagógico ambos planos: la enseñanza de la historia y la historiografía se cruzan para abordar los problemas del proceso educativo, donde el sujeto educando es el actor social que promueve la necesidad de nuevas orientaciones para su construcción de identidades y su formación ético-ciudadana. En este sentido, hemos de tener presente la inconveniencia de pensar en una identidad única, pues, “la identidad se va construyendo de manera múltiple, variada, contradictoria, como fruto de un tejido de relaciones”¹. Esta advertencia es importante tenerla en cuenta por parte del docente, que pretende encasillar al alumno dentro de un modelo único de pensamiento y comportamiento, propios de aproximaciones racionalistas.

2. Ecohistoria-sociedad-naturaleza

Retomando los planteamientos iniciales del presente texto, la época actual reclama continuar con tareas que puedan aportar luces a la revisión del pasado y sus relaciones con las perspectivas y urgencias de la sociedad que vivimos, desbocadas en un frenesí competitivo y deshumanizado, proclive a la destrucción planetaria. Bajo estos términos, se obvia la recomposición de tiempos y espacios que otorga nuevos significados a los proyectos sociales. Mirar el pasado que precede a un presente y al que sigue un futuro impredecible, sería objeto de una historia en permanente transición. Pero, lamentablemente, como expone Jorge Bracho:

...estamos en presencia de una opción historiográfica que determina temas, sujetos y periodizaciones que encuentran su origen en una tradición historiográfica decimonónica (...)

Por esta sencilla razón es que se puede hablar del carácter atemporal de la historia moderna, porque la misma alude a la descontextualización inherente a esta manera de ver, representar y narrar que se hizo hegemónica en el mundo occidental y sus esferas de influencia².

Este panorama se encuentra también en el discurso de la historia enseñada, aún por superar el marco epistemológico y ético que arrastra desde tiempos remotos. Estamos hoy ante fenómenos sociales, culturales, naturales y políticos, enfrentados entre la creación y la destrucción. El mundo clama por la intervención humana con una conciencia de solidaridad y responsabilidad, traducida en ideas y prácticas que conduzcan a la participación crítica y pluralista ante la problemática ambiental. Aquí, la historia puede jugar un papel muy importante al dejar su rol de letra muerta y conocimiento anquilosado, para los estudiantes que perciben su desvinculación con la realidad vivida.

La alarma por la crisis ecológica cunde en todos los ámbitos de preocupación y decisión, en todas las esferas de la opinión pública y en la conciencia social de los pueblos. Cabría preguntarse: ¿qué puede aportar la enseñanza de la historia y los profesionales de la disciplina al actual debate sobre la destrucción del medio ambiente? Pues, en términos biologicistas, el ser humano es ante todo un ser vital que busca la preservación de la vida y del entorno que le permite conservarla y mejorarla. La continua destrucción del hábitat pone en riesgo las condiciones que favorecen el sobrevivir y defenderse de las calamidades naturales.

En consecuencia, nada mejor que la cátedra para inculcar en los estudiantes de Historia, la difícil y larga historia del planeta tierra y los desequilibrios sufridos por la intervención humana. A menudo, estos temas se consideran apropiados en las ciencias naturales, pero inapropiados en las disciplinas sociales, debido a la visión fragmentada y tal vez aséptica del conocimiento que desintegra al ser humano como totalidad, negando que a la par de la construcción de saberes se desarrollan ideas, valores, actitudes y prácticas sociales en el proceso de concientización y socialización. Como vemos, esta postura contiene

en sí misma la interdisciplinariedad y una concepción distinta del sujeto educativo como actor social, resultado de procesos y de interacciones en el tiempo. La historia ecológica o ecohistoria, surge precisamente en este contexto como un nuevo camino disciplinar, sujeto aún a debates, confrontaciones y entendimientos con la ciencia de la vida.

Se trata de buscar alternativas para entender que las urgencias en la educación histórica requieren un vuelco completo, vinculado a la relación intrínseca hombre-naturaleza-historia-sociedad. Ello, implica aceptar que todo lo existente sobre la tierra comparte espacios comunes y una misma biosfera cuyo destino finito, depende de la intervención humana, moldeada en las aulas de clase. Son éstas, las transformaciones posibles para el bienestar de la humanidad.

Es preciso, por tanto, a través de la enseñanza de la Historia educar en valores éticos que comprometan la vida cotidiana, escolar, académica y laboral, donde todo oficio o actividad tenga valor en la medida en que aportemos lo mejor de nuestro talento y experiencia, con respeto y tolerancia, hacia un mundo vulnerable que reclama la formación de una conciencia sensible en la relación del yo y el otro; es decir, en la relación de alteridad.

3. Enseñanza de la historia-convivencia ciudadana-diversidad cultural

En aras de lo que pensamos acerca de situaciones extremas en el planeta, donde se amenaza la supervivencia, es indiscutible que la enseñanza-aprendizaje de la Historia, constituye una herramienta de formación para desarrollar el sentido de pertenencia a una comunidad local y global; lo que se traduce en sentimientos de empatía, solidaridad, y justicia, basados en un compromiso ético con la convivencia inclusiva y el protagonismo ciudadano, todo lo cual apunta hacia una cultura de defensa del patrimonio planetario en sus distintos ámbitos y en su transcurrir histórico.

La enseñanza de la Historia, como proyecto político, no escapa a las exigencias del sistema de poder que requiere de medios de control institucional para legitimar el orden instituido. De este modo,

la enseñanza de la historia regula, indirectamente, el comportamiento ciudadano en la esfera sociopolítica. La teoría y la práctica de la enseñanza histórica poseen el fin político de formar ciudadanos en la diversidad y preservar la *memoria colectiva*, sobre todo en nuestras sociedades donde el olvido ha sido una razón de *pérdida identitaria*. Sin lugar a dudas, los paradigmas tradicionales que circulan en el ámbito de la historiografía y la didáctica de la historia, merecen revisiones que abarquen no sólo el debate sobre el estatuto científico de sus objetos de estudio, sino de los alcances sociales, políticos, éticos y culturales de su quehacer en el día a día.

La pretensión de enseñar historia, desde posturas ajenas a esta visión, es incoherente con la formación del pensamiento crítico y plural y con el fin prioritario de la ciencia, que es preguntarse en cuál presente vivimos y hacia cuál futuro colectivo nos dirigimos. Esto, constituye el sentido de la vida social enlazado a los propósitos de un modo de educación y “de conocimiento capaz de aprehender los objetos en sus contextos, sus complejidades, sus conjuntos y relaciones”³. El saber histórico y su enseñanza implican el desarrollo de conocimientos, la formación de valores, de posturas argumentadas y de prácticas, en las interacciones individuales y sociales entre el colectivo, las instituciones y las redes de poder.

En una sociedad democrática es imperativo abordar la educación histórica *desde y en la diversidad cultural e ideológica*, donde se gestan patrones de socialización asentados en representaciones simbólicas, significados ocultos y relaciones que se reconstruyen, permanentemente, en el diálogo, la confrontación cívica y las prácticas inclusivas; imaginario que legitima la construcción de identidades múltiples y las memorias mutantes. Se entiende, entonces, que a la historia y su enseñanza les atañe la interpretación de los fenómenos sociales y su comportamiento en el tiempo; es decir, el recorrido histórico de las sociedades y sus transformaciones, donde se conjuga lo objetivo y lo subjetivo, lo colectivo y lo individual, lo constructivo y lo destructivo.

Estas posibilidades de la educación histórica son inagotables para desarrollar el saber en un diálogo intercultural, que propicie

la reflexión creadora en el recorrido por diferentes tiempos y espacios, donde se configura la conciencia de historicidad y las distintas socialidades. En esta perspectiva, por ejemplo, el dato cronológico de un acontecimiento supera su significado simplemente numérico para convertirse en referencia de una realidad histórica compleja. La traducción de este enfoque, convoca a la problematización de los saberes históricos y a la atención del desarrollo de sensibilidades y actitudes que permitan comparar, confrontar, argumentar e interpretar conocimientos y posturas a la luz del análisis crítico.

Hemos de tener presente que el momento actual reubica al proceso educativo en nuevos escenarios locales, nacionales y mundiales, impuestos subliminalmente por discursos e imágenes que recorren las redes informáticas, donde pareciera que todo está dado y planteado para ser aceptado. La enseñanza de la historia, como de cualquier otra disciplina, ha de tener en cuenta estos saberes reinventados de manera continua que fusionan experiencias de oralidad y de escrituras novedosas y rompen la relación dicotómica “del libro al docente y del docente al libro”.

4. Redefinición conceptual, metodológica y ética de la educación histórica

La sociedad del conocimiento es protagonista en los cambios de la época en que vivimos; aquí, los mensajes circulan con una velocidad inalcanzable, afectando los quehaceres cotidianos y la distribución del tiempo personal y social. En este panorama, es la educación uno de los procesos más vulnerables a estos cambios, casi imperativos, pues se produce un des-centramiento del saber de los textos que ocupaba la hegemonía de la cultura letrada. La situación demanda, indudablemente, profundas transformaciones en la preparación del docente de historia, una redefinición conceptual, metodológica y ética del proceso de enseñanza-aprendizaje de la disciplina, para reconocer que la autoridad del profesor está cuestionada por el desfase con los saberes circulantes de la cultura digital y por el desfase con el sujeto-

alumno que recorre otros caminos de aprendizaje, donde la libertad de lenguajes y narrativas, provoca un goce estético a su necesidad de transitar otra historia(s), y explorar mundos nuevos, negados por la institución educativa. No se trata de sustituir la cultura lectiva por la cultura informatizada, sino de implementar modos de articulación creadora, que permitan construir una trama de múltiples opciones, con otros contenidos de enseñanza, para acceder al conocimiento y a los problemas humanos de las sociedades.

Toda enseñanza supone un reto, y el de hoy es

...que la escuela no ha podido entender que para interactuar con la sociedad tiene que asumir en serio el desafío que le plantean las nuevas sensibilidades de los jóvenes (...) los nuevos modos de oler, los nuevos modos de llevar el cuerpo, los nuevos modos de aprender, los nuevos modos de oír⁴.

Podemos agregar a estas sensaciones, señaladas por el autor, los nuevos modos de sentir, de organizarse y de participar, entre otras cualidades.

Es indudable que en la enseñanza —de manera consciente o inconsciente— se transmiten códigos de significado, valores, símbolos y sensibilidades que actúan sobre el pensamiento, la conciencia, las actitudes y las prácticas del alumno como sujeto social. Un caso simple y concreto pudiera ser ilustrativo, si pensamos en el hecho, por ejemplo, de botar papeles en el espacio público; al analizar esta conducta, pudiéramos comprobar la ausencia de formación ciudadana de los actores sociales, acerca del cuidado del entorno para el bienestar colectivo. Este caso, expuesto en pequeño, puede magnificarse si lo aplicamos a escala mundial y medimos sus consecuencias para el equilibrio planetario.

Vemos, entonces, que en la enseñanza de la historia y de cualquier ciencia, es tan importante el contenido disciplinar como la postura desde la cual lo pensamos, los modos de producción del saber, la comunicación de las ideas y los fines que subyacen a estos procesos. La formación de la conciencia de historicidad y del pensamiento crítico se construye a través del consenso y el disenso de las ideas,

como metas fundamentales en la búsqueda de respuestas a la crisis de convivencia en el mundo contemporáneo.

Todo lo anterior supone acercarse a la enseñanza de la historia con miradas diferentes, valorando las representaciones históricas que elaboran las gentes y que exceden los límites físicos de la territorialidad educativa para posesionarse en los no lugares, negados por programaciones rígidas y obsoletas; para ubicarse en un tiempo sin fronteras, sin certezas ni conceptos estáticos o deterministas, pues la historia es continuidad y discontinuidad, procesos y rupturas que abarcan toda la vida de los seres humanos en sociedad.

Estas reflexiones destacan la educación histórica como memoria múltiple que, a través del pensamiento crítico, hace posible descubrir las representaciones ocultas, negadas o no registradas en el proceso de enseñanza-aprendizaje de la disciplina. Apuntamos, entonces, a una práctica histórica que eduque en la convivencia ciudadana y revalorice el saber compartido y las sensibilidades humanas para construir otros discursos en la interpretación de los fenómenos sociales.

Notas:

- ¹ A. Blandón: “¿Qué significa tener 15 años en Bogotá?” En: *Compensar* (Bogotá, 1995), pp. 53-54.
- ² Jorge Bracho: “Historia, memoria y enseñanza”. En: *Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*. N° 15 (Mérida, 2009), pp. 255 y 257. Ver además: Carmen Aranguren: “Historia enseñada, ciudadanía difusa e imaginario crítico”. En: *Memorias II Jornadas de Reflexión. Presente y futuro de la educación en Venezuela: la enseñanza de la historia*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2009; Julio Aróstegui: *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona, Crítica-Grijalbo Mondadori, 1995; J. M. Santana: *Paradigmas historiográficos contemporáneos*. Barquisimeto, Fundación Buría, 2005.
- ³ Edgar Morin: *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*. Caracas, UNESCO-FACES. Universidad Central de Venezuela, p. 18. Ver

además: A. L. Gómez: *La enseñanza de la historia ayer y hoy.* Sevilla, Díada Editora, 2000.

- ⁴ J. Martín Barbero: “Cambios culturales, desafíos y juventud”. En: *Umbrales.* Medellín-Colombia, Corporación Región/Pregón. Ltda., 2000, p. 29. Ver: E. Soriano Ayala: *Identidad cultural y ciudadanía intercultural. Su contexto educativo.* Madrid, La Muralla, 2001.

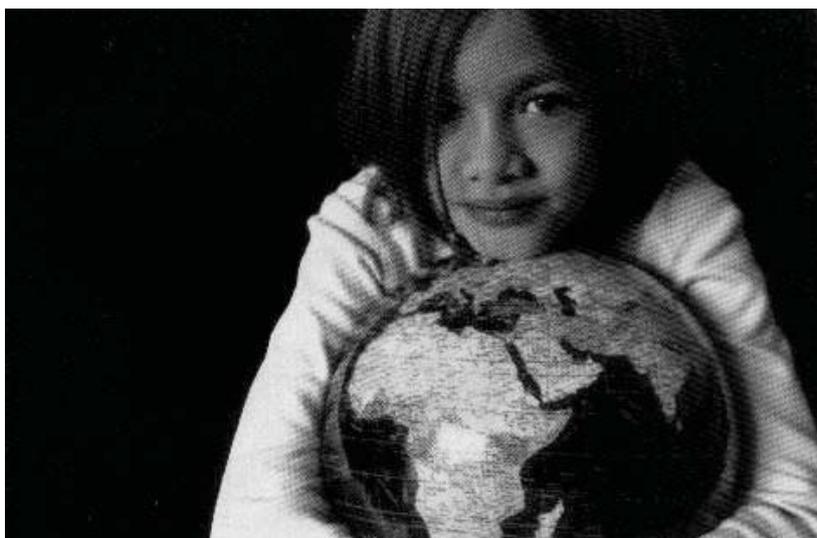


Imagen tomada de *El Libroero.* N° 29, mayo 2009.